

una u otra de estas tendencias ya citadas y quizá también le impida adherirse —lo que es más consecuente que singular— a ninguna moda literaria. Y no podría ser de otro modo, pues esta obra de Juan Felipe Robledo lleva tácita la reflexión, la poesía que se piensa y explica a sí misma. Una postura cognitiva que afianza el ritmo interno surgido de la necesaria unión entre la idea poética, la visión del mundo del autor y su expresión que, en *La música de las horas*, le permiten incorporar lo cotidiano a su poesía, sin evitar la simple referencia o anécdota sino transformándola en imagen, en metáfora totalizadora.

VIII

Luego de leer *La música de las horas*, podemos decir sin vacilaciones —pues sus poemas transmiten tal impresión— que Juan Felipe Robledo, aparte de sus ricas composiciones y lustre intelectual, es un hombre de corazón y un ser humano de una alta calidad moral, una asociación que entre tantos poetas la ejercen raramente algunos contados.

GUILLERMO
LINERO MONTES

Delante de los ciegos va el bastón inseguro

Esa sustancia tenue

Olga Malaver

Editorial Magisterio, Bogotá, 2001,
78 págs.

Esa sustancia tenue es el tercer poemario de Olga Malaver, poeta que, nacida en Armenia (en 1941), reside desde hace 45 años en Villavicencio. Antes había publicado *Más poemas sobre el amor* (en 1985) y *El mismo poema* (en 1998). De estos dos libros, conozco apenas *El mismo poema*, y es posible intuir que quizás comparta con el otro “el mismo problema”. Una suerte de her-

metismo producto de un defecto —esto puede considerarse una aseveración— común al poeta que gusta de abstracciones, y que consiste en la creencia de que la idea poética concebida en la mente ha sido traducida completa, cuando no con fidelidad. En este sentido, algunos de los textos de *El mismo poema* dejan al lector frente a un enigma, donde no es visible la conexión formal y conceptual en el poema. Por el contrario, *En esa sustancia tenue*, aparecen resueltas, y justamente en ello radica el reto de la poeta cuando asume dispersar el humo. Estos nuevos poemas, en su estructura, fondo y forma, están escritos con una justa economía de palabras como tendiendo a que el estilo guarde fidelidad a la forma misma, inmediata y sensible de sus descripciones. Desde tal percepción, sus piezas aparecen construidas de manera sencilla, rápida, fácilmente articuladas, propicias para la exposición realista de inquietudes y anécdotas. Quizá por ello, en *Esa sustancia tenue* la idealización lírica está suplantada por la poética de lo real: objetos y situaciones de la cotidianidad que, al ser vistos con una determinada intención, valen poéticamente en sí mismos sin ningún aditamento alegórico. Pero, aunque sus poemas no echan mano de figuras retóricas ni de encadenamientos de metáforas, sus alusiones a las cosas y los seres sí transmiten un significado figurado y oculto: flores que no anhelan lo que hay más allá del compacto muro del jarrón:

Espontáneos

de lenguaje sencillo casi

[naciente

cumplen su fidelidad:

son crisantemos

llegaron por arenas de sol

a esta sopera antigua

y no huelen a tierra.

[De *Los crisantemos*, pág. 58]

Paraguas animados a la manera inconfundible del maestro Luis Vidales:

... golondrina gigante

atrapada por la maraña virgen...

[De *Vampiro*, pág. 60]

Columpios movidos a distancia por nuestros sentidos:

...lo último que descubrirá

la Tierra es su comienzo: el río

[atado

la voz de cascada semimuerta

y dos niños meciendo su

[inocencia

en un manzano.

[De *Estamos anclados en un*

océano de aire, pág. 32]



Avispas casi humanas en su preocupante búsqueda de un lugar para plantar la casa:

... eran avispas durmientes

que incomodaban la cornisa

Les fumigaron en su presencia

Y firmes volaron en su ilusión

[super sport

...

tal vez ya están en un rayo de luz

de esos que enreda la hierba

[rala...

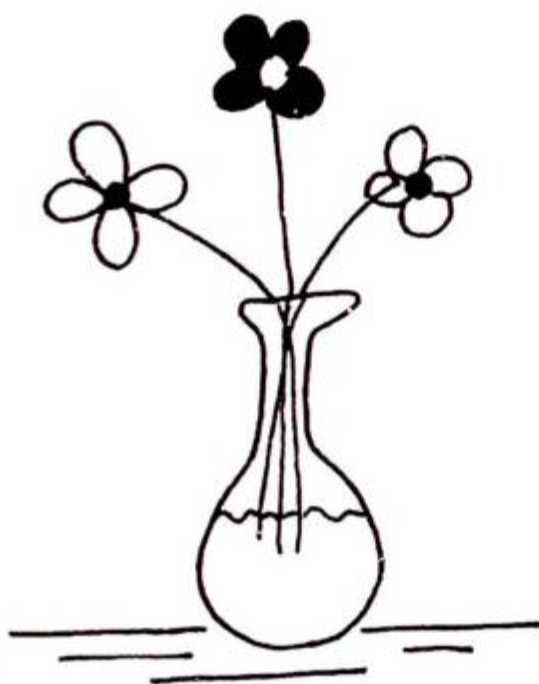
[De *Ilusiones*, pág. 61]

En fin, personas sintetizadas a su único perfil de entidades existentes. Sin embargo, la poesía de Olga Malaver, desprovista de concesiones a ninguna moda literaria ni tampoco ideológica, lleva tácita la reflexión filosófica, la poesía (y el ser del poeta) que se piensa y se explica por sí sola. (Su inclinación hacia una posición irónica o elusiva frente a problemas de la existencia, queda expresada en algunas páginas de *Esa sustancia tenue* y avalada por la totalidad del libro). Una filosofía que ha dejado sus pretensiones de verdad absoluta, de explicación total del universo, para ser

esencialmente válida por su razón estética y expresiva, o, lo que es lo mismo, por su capacidad de espontánea objetividad y justa expresividad. Un pensamiento poético, que no dilucida sobre conflictos entre individuos, sino sobre competencias en función del tiempo inagotable, de la misteriosa realidad o de las supuestas provisiones divinas:

*No importa
en qué punto de la tierra vivo
ni el idioma en el cual escribo
ni la religión que invade mis*
[costumbres
—todos estamos bajo el mismo
[cielo—

*Algún día
Mi mano no ondeará
La bandera genuina de la tierra
Ni mi espalda irá forzada por el*
[suelo...
[De *Un espacio perfecto*, pág. 63]



Con respecto a esto último, vale decir que no hay uno solo de sus textos en el que Olga Malaver se entregue a un dios, ni tampoco alguno en el que lo descarte. Así, su irreverencia no proviene de las posturas que históricamente han sido descritas como doctrinas ateas porque niegan un dios personal, sino más bien de su actitud displicente con las acartonadas valoraciones cognitivas. Esto explica que las preguntas expuestas en *Esa sustancia tenue* estén formuladas desde un desfado más inocente que reflexivo, y con la sencillez propia de quien descrea de la tradición poética florida. Quizá por ello, por la inocencia y la sencillez, y en función de sus creencias personales, Olga Malaver enfrente la rea-

lidad como lo hacen los escritores de espíritu joven, con arresto bien dispuesto. Y de ahí tal vez parta su raro manejo del humor que siendo fiel a su intención lírica se expresa de modo campante como festivo:

[...]
*Delante de los ciegos
va el bastón inseguro
que baila de lado a lado
buscando donde dar
el paso futuro
Orgullosos deben estar
Los árboles
Que terminan en bastones
Y todavía más los perros
Que van siendo lazarillos.*
[De *Los que no quieren ver*,
pág. 62]

Todo ello sin perder el impulso poético que atrae la atención, que atrae al tema del razonamiento, y que se apodera de sus potencias mentales, impulsándolas hacia una misma corriente de pensamiento y de emoción. Todo ello como resultado de una singular capacidad de observación, donde el punto de vista está determinado por los propios hallazgos expresivos del poeta (los asombros de Olga Malaver) y por los argumentos que los circunscriben (sus turbaciones e inmunidades).

GUILLERMO
LINERO MONTES

Después de catorce títulos en prosa, viene éste de poesía

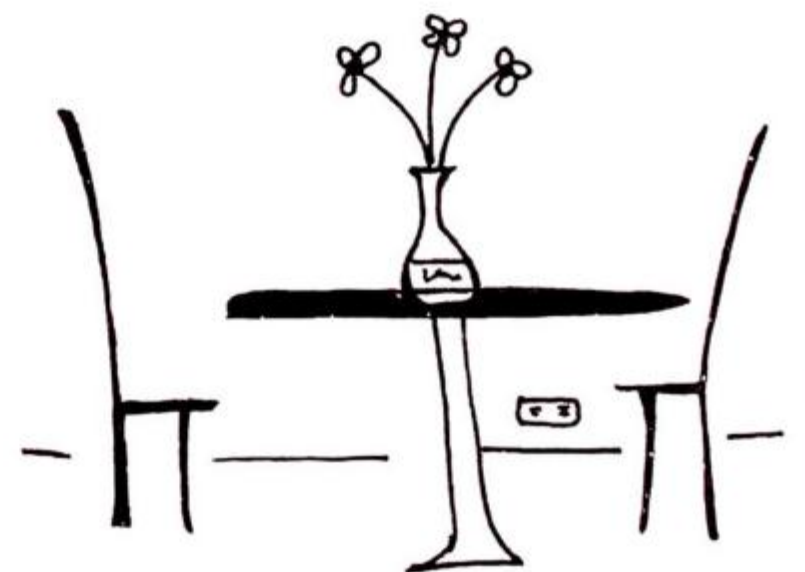
Las lunas de Chía

Evelio José Rosero Diago
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2004, 51 págs.

Algún novelista (¿Burroughs, Capote?), de los que se denominan “de largo aliento”, dijo una vez que los poetas son prosistas perezosos. Una

frase seguramente ligera e injusta, pero una de aquellas frases que hacen carrera, que taladran y que se utilizan en polémicas literarias, que nunca faltan. Una de esas frases que, probablemente, no dejan dormir tranquilos a muchos poetas con sentimientos de culpa.

Aparte de la influencia o no de una sentencia como ésta, es frecuente ver en los tiempos que corren a un puñado importante de poetas, de aquí y de allá, venidos a novelistas (no tanto a cuentistas). Pero también novelistas (aunque mucho menos) que escriben poemas, con suerte dispareja. ¿Alguien recuerda hoy los poemas de un Faulkner, de un Melville, de un García Márquez, de un Joyce, de un Germán Espinosa? Y, por otra parte, ¿tiene importancia hablar de *Tungsteno*, la novela de César Vallejo? Álvaro Mutis, en cambio, de quien nadie discute su importancia como poeta, incursionó con prolijidad en la novela, y el balance, bastante discutible, no es del todo malo. Por lo menos no es catastrófico.



De cualquier manera, es más frecuente ver cómo un poeta incursiona en la prosa, casi siempre después de una obra solidificada en el tiempo (en nuestro medio, Mutis, Roca, Jaramillo, Bonnett, Ospina), que ver a un prosista venido a poeta. Quizá porque, entre otras cosas, el narrador se encuentra cómodo en cuanto a la difusión de su obra (con creces, la narrativa circula más que la poesía) y, posiblemente, porque no pasa estrecheces económicas, si es bueno. Y cualquiera puede suponer la mayor dificultad de acomodar el torrente de la prosa a la brevedad de la